

# MATILDE Y UN SUEÑO CON TELÉMACO COLLANTE

Tulia del Carmen Barrozo Osorio<sup>1</sup>

Matilde, se levantó ese día con el corazón oprimido. Una vez más había tenido ese sueño en el que un hombre vestido entero de lino, y sombrero panamá, ambos de color blanco, llegaba al portal de su casa, tocaba la puerta y preguntaba por su madre, Juana Polo, y le decía:

- Buenos días.
- Buenos días, contestaba Juana.
- ¿Es usted Juana Polo?
- ¿Sí señor, qué se le ofrece?
- Mi nombre es Telémaco Collante. ¿Es usted la madre de Sebastián Bula?
- Sí señor, ¿qué pasa con mi hijo Sebastián?
- preguntó alarmada y levantando la voz.
- Lo siento señora, vengo a darle una mala noticia. Su hijo Sebastián está muerto. Lo mataron esta madrugada.

Acto seguido Juana Polo, daba un alarido que salía de lo más profundo de su ser y decía:

-¡Nooo! No mi hijo, no puede ¡ser! ¿Cómo? ¿Qué pasó?

Y por tercera vez esa semana, Matilde se despertaba con el corazón a punto de salirse de

su pecho, con un temor que le inundaba todo su cuerpo, y en su estómago se le anudaba un dolor cercano al miedo, y, enseguida, sus pechos comenzaban a hacerle cosquilleos, señal de que ya era hora de amamantar a su pequeño hijo Alejandro, quien en ese momento contaba con dos meses de nacido. La leche materna empezó a brotar, y el blanquecino líquido, valioso transmisor de amor, pronto humedeció su batola de dormir, y de un brinco saltó fuera de la cama, llegó al moisés, y ya de pie, alzó con prisa al pequeño, y entre sus brazos lo acomodó y lo alimentó. Era para Matilde el acto de amor más hermoso, aquel en el que su hijo seguía recibiendo vida de su ser, y en esa simbiosis diaria, que transcurría en una tranquila madrugada del Barrio Abajo de la ciudad de Barranquilla, pidió al Altísimo, que le quitara de su mente esa idea dramática de final mortal, en la que su hermano Sebastián no salía bien librado. Ahora que era madre, se imaginaba el sufrimiento de su progenitora, si a su hermano le sucedía algo.

Esa mañana Matilde se bañó más temprano que de costumbre, atendió a Ulises su marido, con quien estaba casada desde sus tem-

<sup>1</sup> Abogada, Especialista en: Derecho de Familia, Educación y Asesoría Familiar, Conciliación Arbitraje y Resolución de Conflictos, Métodos Teorías y Técnicas de Investigación Social. Maestría en Derecho Procesal Civil y Patrimonio, Maestría en Derecho Administrativo, Cursando doctorado en Derecho en la Universidad Sergio Arboleda, Bogotá. - Univ. Externado de Colombia. Distintas publicaciones en temas jurídicos en Revistas especializadas de Derecho, Directora de Consultorio Jurídico y Centro de Conciliación de la Universidad Libre. Sede Cartagena. Ex directora del Consultorio Radial de la Universidad Libre - Sede Cartagena. Orientadora Familiar de las Universidades de Navarra (España) y de la Sabana, Actual: Docente de la Universidad Libre Sede Cartagena y Universidad de Cartagena, Correo Electrónico: [tulia\\_barrozo1963@hotmail.com](mailto:tulia_barrozo1963@hotmail.com).



pranos catorce años de edad. Bañó a Alejandro su hijo de brazos, lo dejó dormido con la señora de la cocina, y se fue a visitar a Juana Polo su madre. Pensaba Matilde camino a casa de su madre:

- Tal vez si cuento lo que me pasa no se cumple el sueño. Dice la comadre Sinfrosa, que no hay nada mejor, para espantar los malos sueños, como el hecho de contarlos y contarlos a cuantas personas uno pueda, para que pierda fuerza. Sí. Eso es. Iré y se lo contaré a mamá, y a papá, y al mismo Chan, como llamaban a Sebastián, para que no esté buscando malas horas en estos días. Uy, Ave María Purísima, sin pecado concebida, ampara a mi hermano.

En el Barrio Abajo de Barranquilla, era fácil y sin problemas a esas horas del día, para los años 30, llegar hasta donde vivía Juana Polo, con su marido José Agustín Bula, quien se la sabía todas en el negocio del contrabando, y contaba al mismo tiempo con una agencia de aduanas prestigiosa en la ciudad, en sociedad con su compadre Henríquez, y con su yerno Ulises Augusto Osorio Urdaneta, venezolano del Estado Zulia, que llegó a Barranquilla huyendo de la dictadura de Juan Vicente Gómez. La agencia se llamaba, Aduanas Bula, Osorio y Henríquez.

Es así como a José Agustín, se le facilitó el ensanche del negocio, ya que a través de

los familiares de Ulises Augusto, residentes en Curazao y Aruba, se conseguía todo tipo de artículos exóticos, al punto que en una ocasión trajo un loro africano, el que llegó hablando en lengua nativa, y cantaba canciones alegres de quien sabe, cuál de esas tierras recónditas del lejano continente, y al tiempo sorprendió a la ciudad entera, porque aprendió a hablar el más puro español costeño de Barranquilla, y sus cánticos africanos fueron reemplazados por una canción que decía: "Lorenza si quieres leche, procura ordeñar la vaca..." de Ángel María Camacho y Cano; el bendito loro, alcanzó incluso a murmurar a manera de simulación, los rezos del Santo Rosario que rezaba la familia entera en casa de Matilde, ya que éste, llegó a parar en su casa, para alegrar los días de sus hijos mayores. Con los años, los hijos mayores de Matilde y Ulises cobraban a jóvenes vecinos, por cada espectáculo que brindaba el loro, a medida que fue aprendiendo más canciones, y rezaba solo los misterios gloriosos, como si en su ya bastante adelantada inteligencia, se negara a aprenderse la parte triste del Santo Rosario.

En todo caso, para José Agustín, resultaba una actividad de mucha ganancia económica, conseguir toda clase de mercancías extranjeras de difícil acceso en la ciudad. Traía medias veladas para damas; perfumes franceses; vajillas finas; pianos de larga cola; mantelería y ropa de cama de linos finísimos;



agua de colonia de la época para caballeros; ropa interior de damas que consistía en calzones bombachos, ajustadores que llegaban hasta la cintura, y, polleritas que se usaban debajo de los vestidos; traía también peinetas y abanicos de mano, confeccionados con exquisitos y bellos labrados de carey y nácar; José Agustín y Ulises Augusto, suegro y yerno, llegaron a ser las personas que tuvieron el primer carro, y de lujo en la ciudad, gracias a esos buenos contactos fuera del país, en fin.

José Agustín había decidido unos meses antes, junto con su hijo Chan, incursionar en el negocio de venta de armas, ya que las discusiones políticas entre venezolanos que habían llegado a la ciudad, eran tantas y de peores consecuencias cada día que pasaba, y era de la opinión que debía tener alguna clase de arma en su casa, para la defensa en caso, de que Dios no lo quisiera, algo sucediera, o que incluso, su yerno Ulises Augusto, terminara metido en una de esas discusiones, y él tuviera que salir en su ayuda.

El hecho es que Matilde llegó ese día, se sentó en la terraza de la puerta de la casa materna, y comenzó a contarle a Juana, los detalles de sus malos sueños. Su madre, exclamó:

-¡Ave María Purísima, Matilde, déjate de esas cosas. Uy, cómo te gusta atraer lo malo niña! ¡Bueno! - arrellenándose en la mecedora - ve, mejor aprovechemos para organizar las co-

midas de esta Semana Santa, y cuáles dulces haces tú, y cuáles hago yo. Yo haré el salpicón de bagre para el jueves, y tú haces el arroz de lisa con mote, para el viernes santo. Vamos a espantar lo malo, hablando de cosas buenas.

Estaban las dos mujeres hablando de los manjares que comerían dentro de dos semanas en plena Semana Santa, cuando Chan y José Agustín, salieron a recoger un viaje de mercancía, que viniendo de Aruba, había entrado por La Guajira, y estaba escondido cerca al legendario Puerto Colombia. Cuando Matilde los vio irse en su carro de lujo, envidia de muchos, una vez más sintió la punzada dolorosa en el corazón, que le quedaba como consecuencia del sueño fatal que había tenido tres veces. Matilde se preguntaba, si por el hecho de no haber contado su sueño a Chan y a su padre, Agustín, y cumplir con el consejo de la comadre Sinforosa, algo fatal, llegaría a ocurrir.

Ya en Puerto Colombia, se encontraron Chan y José Agustín revisando el gran envío de mercancías. Entre la curiosidades exóticas, ésta vez le habían hecho llegar a José Agustín, directo del Magdalena, un caimán de aguja, a solicitud de su yerno Ulises Augusto, para agrandar el ya reconocido zoológico doméstico que les tenía montado a sus hijos en la casa grande del Barrio Abajo de la ciudad. Pero lo que más llamaba la atención y la



ansiedad de José Agustín era el cargamento de armas de uso personal que vendrían en el envío. Abrieron los costales. Aparecieron entre muchas, tres revólveres con cache de nácar, que estarían destinadas a su familia. Una sería para él; la segunda, para su yerno Ulises Augusto, para defenderse ante la ya conocida amenaza de muerte que le habían hecho llegar dos paisanos venezolanos, quienes coincidían con las ideas dictatoriales de Juan Vicente Gómez; y la tercera, sería para su hijo Chan, quien como único hijo soltero que le quedaba en la casa paterna, él, quería halagarlo con ese presente.

- Chan. Mira mijo, te entrego este revolver a ti, para que no andes desarmado. Mira que hay mucha gente envidiosa en esta vida, y no faltará quien se retuerza al ver, lo bien que nos está yendo en el negocio - dijo José Agustín, con mucho orgullo a su hijo-

- Hombre, gracias papá. Usted si es un tipazo. Hombre gracias; Que regalo papá, como pocos! - exclamó Chan, eufórico por ese tremendo regalo, dándole de vuelta un fuerte abrazo a su padre - Ninguno de los dos sabía en ese momento, que sería el último de los abrazos dado entre padre e hijo.

Seguidamente Chan, ve el interior del costal, y asomado se observaba el cañón de una elegante escopeta. Inmediatamente, supo Chan que ese ejemplar sería para él también, ya

que tenía entre sus actividades por cumplir, una campaña de cacería, en uno de esos parajes agrestes que todavía se encontraban en las afueras de Barranquilla, con toda clase de fauna y flora silvestre, que hacían presencia en todas las mesas de los hogares de la ciudad, en forma de las más altas delicias de la culinaria criolla. Se podían cazar, conejos, ardillas, palomas, venados, y hasta tigrillos. Pero un buen ejemplar de conejo, grande y gordo, era el que Chan quería regalarle a su amada Eva, a quien todos por cariño llamaban Meva, a ver si así, por fin ella caía rendida a sus pies, y de paso, sería el conejo el perfecto pretexto para ser invitado a comer en casa de Meva el viernes Santo, si desde ya, se salaba correctamente su carne. Chan estaba seguro que con esa atención, se ganaría el respeto de los padres de Meva, quienes a pesar de saber que Chan provenía de familia de buenas costumbres y algo adinerada, veían en él, a una persona que muy acomodado por la flojera eterna que lo adornaba, dependiente de sus padres, niño consentido, gozaba de fama de que no hacía ni un hueco a la tierra, ni con el chorro de sus orines. Después de algunos ires y venires en cuanto a tramas para convencer a su padre, Chan ganó, y José Agustín le regaló la escopeta.

Chan, mandaba a escondidas carticas de amor a Meva. Para Meva, Chan significaba mucho, pero por las razones que argumentaban sus padres, Meva no se atrevía a dar el sí,



a Chan. Meva había sido educada como a las mujeres de su época, que debían acatar las decisiones de los padres, aún para escoger marido, y, contrario a sus deseos, los padres de Meva, la obligaban a recibir visitas acompañadas, de un sujeto misterioso llamado Pedro Ardimaes, venezolano de nacimiento, de quien se decía que era partidario de la dictadura, pero que para 1934 aproximadamente, también tuvo que huir de Maracaibo, por razones contrarias a las que movieron Ulises Augusto a hacerlo.

Todo en Pedro Ardimaes era un tributo a la vulgaridad, a la porquería, y a la petulancia. Se jactaba de haber leído a los clásicos griegos y españoles, pero no hablaba buen castellano; se sabía que era poco amigo del agua, porque sus manos se veían siempre curtidas y con negros cutres debajo de las uñas; hablaba y parecía tener dentro de su boca un animal muerto porque el vaho que despedía era nauseabundo; sus barbas y bigote, guardaban dentro de sus marañas, toda clase de restos de comidas, caspas y algo verdoso, que parecían mocos; para acabar de completar su fealdad física, metía el ojo derecho hacia la nariz, de tal forma que parecía tener un solo ojo, en fin, Pedro Ardimaes, además, de evocar a los cíclopes de las historias griegas que contaba para deslumbrar a los padres de Meva, desde su mirada incompleta y desviada, se avizoraba la lujuriosa y el deseo degenerado con el que pretendía conquistar a la

dulce Meva. Para Meva, esas visitas eran un verdadero suplicio.

Pedro Ardimaes, se consideraba a sí mismo, como un gran tirador de armas de fuego, y contaba cómo en uno que otro encuentro con opositores de Juan Vicente Gómez, de un balazo mataba a dos personas. Consideraba a Ulises Augusto Osorio Urdaneta también como a un opositor suyo. Por demás, se había enterado que un cuñado de Ulises Augusto, un pelangucio de corta edad, flojo y poca cosa, intentaba ganarle la batalla en el amor de la dulce Meva. En la familia, solo Ulises Augusto sabía que existía una verdadera amenaza de muerte sobre su vida, y que esa amenaza provenía de Pedro Ardimaes, a quien también consideraba su enemigo natural desde su natal Maracaibo.

De esas cosas de la vida, cuando todos los astros se juntan alineadamente para convocar la desgracia, Ulises Augusto conoció del regalo que su suegro le hizo a Chan, y se le dio por invitar a su cuñado a adelantar la campaña de cacería. Un dependiente mañoso que trabajaba en la tienda de barrio que tenía Ulises en la esquina de su casa, a quien Ulises ayudó por ser paisano suyo también, corrió a contarle a Pedro Ardimaes, sobre el programa de cacería.

-¡Don Pedro, don Pedro! Le traigo buenas noticias.



-A ver chico, contame de una buena vez cuál es la broma esa, - con su acento maracucho.

-Don Pedro, Don Ulises estaba conversando con un chamo familia suya, su cuñado, lo convidó a que se fueran de cacería a los parajes que hay fuera de la ciudad. Es que don Pedro, vea, a ese chamito, su papá le dio de regalo una escopeta. Usted se imagina cuanto ganarán esos con el negocio del contrabando, y el muy muérgano jesuita de don Ulises, se niega a aumentarme el sueldo - exclamaba el dependiente, con su alma harta de odio y envidia.

- Calmatechico, calmate, y barajámela con cuidado - y preguntó Pedro Ardimaes quien ya estaba frío de la emoción, no podía creer que asestaría de un solo golpe a acabar con dos males mayores para él - ¿a cuál chamo te refieres?

- A ese zamuro recién nacido que le dicen Chan, don Pedro.

Y, por fin esa era la oportunidad que Pedro Ardimaes estaba esperando.

-Vea criatura, se va a estar allá trabajando con el camaján ese de Ulises Osorio, hasta el día en que salgan ese y su cuñado de cacería - casi le ordenó Pedro Ardimaes al dependiente - me avisa desde qué hora salieron para allá, y el lugar exacto donde irán a cazar, y yo le doblaré el salario, para que más nada tenga que hacer volviendo donde ese haragán engreído de Ulises Osorio.

Así fue. Al día siguiente el dependiente, se fue furtivamente de la casa grande del Barrio Abajo, donde le habían tratado siempre bien, le pagaban bien por sus servicios, y, además, le habían construido un cuarto al fondo del patio para que tuviera su estancia privada, pero en su corazón no había sino lugar para la envidia y solo anhelaba todos los lujos que el negocio del contrabando le dejaban a Ulises Augusto Osorio, y a José Agustín Bula. Apenas regresó de casa de Pedro Ardimaes, le puso la conversación a su patrón, quien le recomendó que como se irían de cacería lo dejaba pendiente de la tienda todo el día siguiente.

-¿A dónde exactamente irán, don Ulises? Es para un estar sabido de dónde ubicarlo, -preguntó simulando mucha indiferencia\_

- Estaremos por el lado de los Altos de San Nicolás, es que Chan quiere cazar un buen conejo para regalárselo a Meva, la hija de don Licímaco Pérez, que vive en el Barrio Bostón. Yo le digo que con esos regalos no se conquistan a las mujeres. Tiene que regalarle algo bonito, algo que ella pueda usarlo, como una peineta de nácar, algo muy fino - exclamó Ulises Augusto.

-Así es don Ulises, así es - contestó el dependiente haciendo un mohín en su cara, restándole importancia a las palabras de Ulises.



Al día siguiente salieron Chan y Ulises Augusto para los Altos de San Nicolás, eran las 4 de la madrugada. Previamente, Matilde se había levantado muy temprano para prepararle un buen café a su marido, para que el sueño no lo venciera, y un buen desayuno al mejor estilo venezolano con cachapas de maíz, queso criollo rayado, y café con leche, y para terminar la lechosa o papaya picada, que no faltaba en las comidas de su tierra. Al partir, Matilde le echó la bendición.

-Ve con Dios mijito, que te ampare de toda mala hora - dijo Matilde, no sin antes santiguarlo en la frente y en el corazón.

Al medio día cerca de las 12:30 del día, estaba Matilde acostada en su cama matrimonial, y se quedó dormida junto a su pequeño Alejandro. Comenzó el sueño con aquel sujeto de vestido y sombrero panamá blancos, y nuevamente el personaje llegaba donde su madre, Juana Polo y le daba la triste noticia. Otra vez sus pechos empezaron a cosquillear y la leche materna empezó a brotar, pero el sueño acabó cuando sintió un fuerte toque desesperado de la aldaba de la puerta de su casa. Matilde saltó, dejó a su pequeño Alejandro llorando, quien ya reclamaba su alimento con urgencia. Corrió hacia la puerta de un solo salto y abrió. Cuál es su más infame sorpresa, cuando en el umbral de su puerta estaba un hombre, vestido igual al hombre de sus sueños fatales, quizás un poco más

alto de lo que parecía en sus pesadillas, y el hombre pregunta:

-¿Es usted Matilde Bula de Osorio? ¿Es esposa de Ulises Augusto Osorio? - con voz más grave que la del sueño.

-Sí, soy yo ¿que se le ofrece? - contestó y preguntó a su vez Matilde, no queriendo que fuera cierto lo que ya ella sabía que vendría a continuación.

-Mi nombre es Telémaco Collante. Su esposo Ulises ha sido herido gravemente de bala en una cacería, lo llevaron a la clínica del Barrio del Prado, tiene usted que venir conmigo rápidamente.

El corazón de Matilde quedó detenido, sin embargo en sus oídos solo escuchaba los sonidos sordos de sus latidos. Súbitamente, a lo lejos escuchó el llanto a gritos de su pequeño Alejandro, quien reclamaba su alimento, y reaccionó solo para preguntar algo que todavía la atormentaba:

-¿Dígame que mi marido está vivo, dígame la verdad! - exclamó Matilde casi a punto de dar gritos de la desesperación, y del temor que la embargaba por atreverse a hacer la siguiente pregunta:

-¿Dígame, el muchacho que estaba con él, uno al que le dicen Chan? ¿Qué pasó con él?



- preguntó por fin, con el corazón en la boca, y con los oídos que le zumbaban del malestar general que la embargaba - ¡Dígame que pasó con él, por el amor de Dios!

-¿Usted lo conoce señora?- preguntó Telémaco Collante - y agregó:- el muchacho, fue muerto de un disparo en la cabeza, el mismo disparo que hirió a su marido - sentenció este personaje - Matilde cayó al suelo perdiendo el conocimiento, lo peor había sucedido. El más grande temor se había hecho realidad, y había llegado hasta la puerta de su casa el peor de los mensajeros, un personaje que le venía atormentando en sus sueños; sueños que se concretaban por no haber seguido el consejo de su comadre Sinforosa.

Matilde dejó a Telémaco Collante en la puerta, y se fue a atender al pequeño Alejandro. Su amor de madre en medio del dolor que la corroía pudo más, lo cargó en sus brazos, lo puso en su regazo, nuevamente se arrellenó en su mecedora como le gustaba hacerlo, y, lo alimentó pensando al mismo tiempo en el infortunio del que acababa de enterarse; se imaginaba cuál sería la espantosa reacción de su madre cuando supiera que su sueño, el más horrible de sus sueños, se había transformado en una cruel verdad, que iba más allá, porque en sus pesadillas su marido no resultaba herido. No sabía ella que pronto le tocaría vivir la experiencia dolorosa también de perder un hijo. Mandó a la señora que le

ayudaba en la cocina, a avisar a Juana Polo y a José Agustín sobre lo sucedido; encargó el cuidado del pequeño Alejandro a sus hijos mayores y se fue a ver a su marido del alma, a quien por siempre adoró hasta más allá de su muerte.

Al regresar en la tarde, a pocas horas del conocimiento de la desgracia, embargada de dolor y cansancio, atendió se puso al tanto de todo lo sucedió en su casa; dispuso todo lo que debía hacer para visitar a su marido al día siguiente al hospital; mandó a empleados a la funeraria para que se encargaran de arreglar el cuerpo de su querido Chan; y fue a alimentar a su el pequeño Alejandro, y lo cargó entre sus brazos con todo el amor del que una madre es capaz de adorar a un hijo. Y ale hablaba:

-¡Mi bebé, mi hijito lindo; te he dejado abandonado mi pequeñito!!!! Debes tener hambre! Mi cosita linda, el bebé de su mama; vamos a darle de comer ¿Tiene hambre mi bebé?

Pero Alejandrito no se movía. No reaccionaba.

-¡A ver bebé, mi dormilón, despierta! ¡A ver una cosquillita!

Nada. Nada pasó. Alejandro no respiraba. Matilde sencillamente no le quedaban lágri-





mas, y se preguntaba, por qué en ese sueño fatídico, Telémaco Collante no le advirtió que ella también perdería parte de subida, con la partida de un pedacito de su alma. No encontraba sentido a lo que estaba viviendo en ese momento de su vida. Solo decía que el dolor de perder un hijo es un dolor indescribible, y no se compara con ningún otro en este mundo.

La comadre Sinforasa le advirtió, que haberle dado leche dañada después de la impresión que sufrió por la noticia, fue lo que se llevó al pequeño Alejandro a la compañía del Altísimo a quién Matilde, le reclamó por qué siendo ella y su familia, buenos cristianos, le sucedían cosas tan malas y en tan poco tiempo. Vivió en carne propia, lo que tanto temía que le sucediera a su madre, y era perder y entregar a un hijo. Matilde vivió para procrear con su marido Ulises Augusto, catorce hijos, de los que sobrevivieron diez. Muchos años después, a sus nietos, entre ellos a mí, además, de la educación cristiana, nos enseñaba una canción del maestro José Barros que decía así:

Oigo un llanto que cruza el cielo para llegar a Dios...

Es el llanto de las madres que tiemblan con desesperación, es el llanto, es el llanto de Dios.

Violencia, maldita violencia, ¿por qué te empeñas en teñir de sangre la tierra de Dios?

Telémaco Collante inspiró ese cuento, un personaje de ficción que se volvió una horrible realidad; pero la verdadera protagonista es Matilde. Murió un 23 de julio; esperó el mismo día en que murió Ulises Augusto años atrás, como haciendo un pacto secreto con Dios, para subir al Cielo en la misma fecha. Besaba la tierra de la tumba de Ulises. Un amor que ya no se ve hoy. Murió a la misma hora, pero, ella en la madrugada, él en la tarde. Y como si fuera poco, como en una obra garcíamarquiana, escogió en vida un vestido de encaje blanco, para que fuera sepultada con vestido de novia, ya que en el Cielo, se volvería a casar con su marido otra vez. Ulises, siguió educando a toda la familia aún después de muerto, porque en toda conversación y lecciones de vida, el abuelo Ulises, Papá Ulises, siguió siendo el ejemplo a seguir; juntos, todos sus hijos y la prole, conformaron una gran familia de principios familiares sólidos, con altos valores espirituales y respetos a los demás, donde todavía se sueña con las familias y las sociedades, que nacen a la orilla de la rivera de un río, que son hermanos de la espuma, de las garzas, de las rosas, y del sol, como dice la canción insigne venezolana, que nunca dejamos de escuchar al compás de un cuatro.

**FIN.**